

UNA NOVELA PARA VIVIR LA MAYOR HISTORIA
DE AMOR DE TODOS LOS TIEMPOS

LA DECISIÓN DE GRACE KELLY

SOPHIE BENEDICT



1950. Contra los deseos de sus padres, Grace se muda a Nueva York para convertirse en actriz. Pronto se ve inmersa en la brillante vida de la bohemia artística y cultural de la ciudad, pero, como mujer en un mundo de hombres, no tarda en encontrar dificultades.

Sin embargo, se las arregla para defenderse; de hecho, su vida se caracteriza por un deseo inquebrantable de emancipación: de sus padres, de la poderosa élite de Hollywood y de las expectativas sociales. Grace logra mantenerse fiel a sí misma incluso cuando alcanza la fama que siempre ha soñado. En la cúspide de su carrera, conoce al amor de su vida y acabará enfrentándose a una dura decisión: ¿es su amor lo suficientemente fuerte como para que lo sacrifique todo y se despida de su pasión por el cine para siempre?

Una novela sobre la mujer que conquistó Hollywood, pero dejó todo por amor.

Prólogo

Filadelfia, 1941

Grace observó con atención cómo los libros apilados sobre la cabeza de su amiga Selina apenas se tambaleaban. ¿Conseguiría ella también mantenerlos quietos? Orgullosa, Selina continuó andando de un lado a otro, con unos zapatos que le quedaban grandes porque seguramente se los había tomado prestados a su madre.

—Muy bien —la alabó Grace—. Y ahora cuéntame que quieres divorciarte. Que ya estás harta de mí y de mis arrebatos de ira, y que además... —indicó en voz cada vez más baja y más titubeante—, tengo un idilio con tu mejor amiga.

—¡Harry! —exclamó Selina con aire teatral, levantando los brazos hacia el techo—. Oh, Harry, oh...

—¡El texto! —la interrumpió su amiga—. ¿Qué dice tu texto?

—Ah... Harry... —dijo Selina, bajando los brazos—. ¿Cómo era?

Grace no tuvo que consultar sus notas.

—«Se acabó. ¡Te dejo, Harry! No tiene sentido seguir fingiendo... ¡Me marchó!»

Selina se volvió tan de repente hacia su amiga que los nueve libros que llevaba apilados encima de la cabeza cayeron sobre las tablas del suelo con gran estrépito.

—Selina, tienes que moverte de forma controlada, bien erguida —la reprendió Grace—. Los libros deben mantenerse sobre tu cabeza. Para eso los llevas.

—Es que no comprendo por qué tengo que marcharme —explicó Selina mientras se sentaba sobre el viejo arcón del ajuar de la madre de Grace—. Al fin y al cabo, es él

quien me ha traicionado a mí. ¿Por qué he de ser yo la que se marche de casa?

—Ahora mismo eso no importa —replicó Grace—. No se trata de si tiene sentido o no, sino de actuar de forma que resulte creíble. De que la rabia que sientas sea verosímil, de que te muestres herida por todas las cosas que te ha hecho. Si lo prefieres, puedes decirle que se marche él. Y ahora vuelve a colocarte los libros encima de la cabeza y pruébalo una vez más.

—Ay, es que... ¿Sabes, Grace? —dijo Selina, negando con la cabeza—. Creo que ya está bien así. Nunca conseguiré ser una actriz de verdad. Me cuesta mucho recordar los textos, y por una cosa o por otra siempre tengo la sensación de estar haciendo el ridículo.

Grace arqueó las cejas.

—¿El ridículo? Selina, ¿qué hay más bonito que interpretar un personaje y jugar a ser otra persona aunque solo sea durante un par de horas?

—Eso es justo lo que te estoy diciendo: que yo prefiero leer. O pintar —aclaró Selina—. Hace poco, papá me regaló una caja de acuarelas nueva con unos tonos verdes preciosos, y he estado pensando que tal vez...

Grace se levantó de un brinco hasta quedar de pie y erguida como una vela. Luego, con pasos cortos pero poderosos, cruzó la habitación.

—¡Harry! —gritó con impaciencia—. ¿Dónde estás, Harry?

De repente, se dio la vuelta como si clavara la mirada en los ojos de su esposo infiel.

—Ha llegado la hora de que hablemos. Se ha terminado, Harry... No, esta vez es de veras. No te acerques a mí, por Dios. ¡No te acerques o te juro que gritaré! No lo aguanto más. Te dejo, me marchó. Que seas muy feliz con Maureen... Sí, lo sé. Hace tiempo que me engañas con ella, pero esta vez se ha terminado. Harry... No, no... ¿Por qué te arrodillas? Levántate, ¡levántate ahora mismo!

Apenas un instante después, Grace se arrodilló.

—Te perdono, Harry... Yo... yo también te amo. Por más que me resista a ello, no puedo evitarlo.

Selina la observó boquiabierta, impresionada por la increíble transformación que había experimentado su amiga. Acababa de ver cómo las lágrimas le recorrían las mejillas, cómo el rostro se le endurecía primero debido a la ira y luego volvía a suavizarse. Contempló con fascinación los cambios que se sucedían en el semblante infantil de Grace, que de repente parecía haberse convertido en el de una mujer adulta.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó.

Grace se puso de pie, se recogió los mechones rubios tras las orejas y se secó las lágrimas de la cara.

—No lo sé, simplemente me sale. Es como si en esos momentos no fuera yo misma, sino otra persona.

Las chicas habían empezado a escribir juntas algún que otro diálogo, pequeñas escenas poéticas e historias, pero a la hora de interpretarlas a Grace se le daba mucho mejor. Le encantaba meterse en el papel, dar vida a los personajes y expresar lo que sentían.

Selina vivía en el mismo vecindario que Grace, de manera que las dos niñas se habían conocido jugando una tarde de verano, a los once años, y desde entonces eran amigas. El padre de Selina, Paul Clayton, un acaudalado industrial, casi nunca estaba en casa. La madre vivía con sus dos hijas y el servicio en una mansión espléndida, pero casi siempre estaba encerrada en su habitación o en el salón contiguo, por lo que Selina y Grace solían pasar el tiempo en la buhardilla, inventándose historias.

—Eres fantástica —dijo Selina con un suspiro de admiración—. Pero ahora tengo que volver a casa. Hoy vendrá mi padre y no puedo llegar tarde. Mamá no se encuentra bien.

—¿Qué le pasa? —preguntó Grace mientras se quitaba las gafas para limpiárselas con un faldón de la blusa.

—La señora Treville dice que sufre «episodios» —contestó Selina con seriedad.

—¿Qué clase de «episodios»?

—El tipo de episodios que se tienen cuando te haces mayor.

Un mes antes la madre de Selina había cumplido los treinta y dos, aunque a juzgar por las habladorías de los vecinos parecía que tuviera ya cincuenta. La señora Treville se refería justo a eso. Era la víbora del vecindario, una chismosa de lengua viperina de Filadelfia, una viuda de unos sesenta años que vivía como una reina en una enorme mansión, con salones espléndidos y una gran veranda. «La casa de la señora Treville parece la de Tara de *Lo que el viento se llevó*», decía siempre Selina, que había visto la película en el cine dos años antes y no se había movido del asiento de principio a fin, fascinada durante las cuatro horas que duraba.

—Vivien Leigh es tan guapa..., ojalá pudiera ser como ella —dijo en ese momento—. Sea como sea, la señora Treville dice que esos episodios son normales, pero a veces mamá se comporta de un modo extraño. Le cerró la puerta en las narices a la señora Treville porque pasó a visitarla sin que la hubiera invitado, y me preguntó por qué mamá nunca salía de casa. Y eso que ya lo sabe..., es por los episodios.

Grace pensó en su propia madre. Ella nunca sufría esa clase de episodios, Margaret se mostraba siempre igual de inaccesible. La madre de Grace era disciplinada y seria, casi nunca se reía.

Comenzaron a recoger sus cosas y Selina metió los zapatos de tacón rojos en una bolsa que había llevado allí.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó.

Grace negó con la cabeza.

—Mañana tengo que estudiar, después ir a clase de tenis y, más tarde, ballet.

Se puso las gafas de nuevo. Grace odiaba ser corta de vista casi tanto como odiaba esas gafas. Si dependiera de ella, habría preferido ir todo el día con los ojos entrecerrados y viendo el mundo borroso con tal de no llevar esa montura horrenda. Sin embargo, su madre la obligaba a usarlas y no le había dado la más mínima oportunidad de discutir el tema. Cuando Margaret Kelly enderezaba la espalda, arqueaba las cejas y respiraba hondo, sabías que era mejor no empezar ninguna discusión.

—¿Y pasado mañana? —preguntó Selina, pero una vez más Grace tuvo que negar con la cabeza.

—Iré con mi hermana por primera vez a las pruebas de la Old Academy Players, la compañía de teatro de East Falls —explicó emocionada—. Nuestros padres nos han dado permiso y me hace mucha ilusión. Y a Peggy también.

A Grace le brillaron mucho los ojos tras los cristales de las gafas. De ser por ella, se pasaría el día entero sumergiéndose en un papel u otro. Había un montón de facetas y de sentimientos que se podían expresar, y ella se había propuesto explorar todas esas posibilidades.

Al menos hasta que consiguiera que su padre se sintiera orgulloso de ella.

Porque eso era lo que más deseaba en el mundo. John Kelly era un hombre directo, enérgico. Había conseguido muchos éxitos como remero, incluso había ganado medallas olímpicas, y las bellas artes no solían impresionarlo tanto como las gestas deportivas. Mientras que sus otros tres hijos iban cumpliendo sus expectativas, a ella la consideraba demasiado débil, reservada y enfermiza para conseguirlo. «¿Se puede saber por qué llora ahora Grace?» Esa frase se la había oído a su padre ya en demasiadas ocasiones.

A veces, cuando se quedaba sola, jugaba a imaginar que su padre la abrazaba con cariño y le decía lo feliz que era de tener a una hija como ella. A Grace le encantaba esa fantasía que únicamente albergaba cuando estaba a solas. En un par de ocasiones se había perdido tanto en esas en-

soñaciones que se había olvidado de presentarse a la mesa puntual, y entonces su padre le demostraba cualquier cosa menos cariño. No obstante, en esos instantes eso no la inquietaba lo más mínimo. La idea de poder regresar más tarde a su mundo de ensueño le servía de consuelo y la llenaba de esperanza.

Uno

Filadelfia, 1947

—¿Qué es lo peor que puede pasarme, papá? —preguntó Grace, intentando controlarse, sabiendo que su padre no encajaba nada bien los arrebatos emocionales. Pocas veces le había costado tanto mantener la compostura como en esos instantes, pero realmente se lo estaba jugando todo.

Su padre estaba acostumbrado a que las cosas transcurrieran a su antojo, había trabajado muy duro para que así fuera. John Kelly era el segundo hijo más joven de nueve hermanos y sabía muy bien lo que costaba abrirse paso en la vida. Había empezado como albañil y había conseguido prosperar hasta convertirse en un empresario de éxito: Kelly for Brickwork ya tenía un volumen de ventas millonario en la década de 1920. De sus hijas esperaba respeto y una disciplina impecable, pero por encima de todo confiaba en que le obedecieran. No solía recibir un no como respuesta ni ninguna réplica a sus veredictos.

Estaban sentados a la mesa, era la hora de cenar. Para la familia Kelly, comer juntos era tan importante como la actividad física. John y su esposa Margaret habían animado a sus hijos a practicar deporte desde pequeños, y aunque Grace también jugaba al tenis, nadaba y jugaba al hockey, su rendimiento deportivo era más bien modesto y siempre había preferido practicar el ballet.

—¿Lo peor que te puede pasar si te marchas sola a una ciudad como Nueva York? —respondió John Kelly, y soltó una carcajada—. No es posible que me lo estés pidiendo de verdad, Gracie. ¿Cuántos años tienes? ¡Acabas de cumplir los diecisiete! No hemos invertido tanto en tu formación académica para que ahora nos salgas con que quieres

ser actriz. Lo que tienes que hacer es encontrar a un hombre adecuado y casarte, Gracie, y no perder el tiempo con tonterías.

—Pero..., papá, siempre que interpretaba un papel en la escuela todos se quedaban fascinados. Y tú también —dijo Grace, tan indignada que no había conseguido tragar ni un solo bocado durante la cena—. ¿Y si resulta que esto es lo único que sé hacer?

Su padre dejó la cuchara junto al plato.

—Gracie, una función escolar no significa nada en absoluto.

—¿Y qué me dices de la obra del tío George? ¿Ya no te acuerdas de lo mucho que os impresionó mi actuación?

Su tío George, el hermano de John, había escrito una obra de teatro, *The Torch-Bearers* («los que llevan las antorchas»), y Grace sabía que lo había hecho muy bien. Estaba orgullosa sobre todo por las palabras que le habían dedicado los críticos en un periódico local: «Realmente daba la impresión de que Grace Kelly sobre el escenario era la portadora de la antorcha de la familia».

—Gracie, no estás bien sentada; ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? —se limitó a señalar su madre con la frialdad, el dominio y el distanciamiento habituales. Ella ni siquiera recordaba la última vez que había recibido una muestra de afecto suya. Si es que había recibido alguna.

Los seis estaban sentados alrededor de la gran mesa. John, su esposa Margaret, Grace, sus hermanas Peggy y Lizanne y finalmente John, su hermano, que estudiaba en la Universidad de Pensilvania.

—Lo siento, mamá —respondió de forma automática.

—Haz el favor de comer, Gracie. Todavía no has probado bocado. Lizanne, ya sabes que es la cuchara la que se acerca a la boca y no al revés.

—Lo siento, mamá —se disculpó Lizanne, también de forma automática. Tenía cuatro años menos que ella, y tampoco se atrevía nunca a replicar nada.

Su hermana mayor, Peggy, que estaba de visita, también se estremeció. Cuando pasaba por casa seguía some-tiéndose a su madre, a pesar de haber tenido ya un hijo. Se quedó sentada tiesa como una tabla, aguardando la próxima crítica mordaz. No tuvo que esperar mucho.

—Peggy, la cuchara debe ir hacia el borde del plato. Es que...

—En cualquier caso, ni siquiera pienso considerarlo —dijo John Kelly en voz baja, sin alterarse lo más mínimo, lo que sin duda constituía una mala señal.

Grace suspiró. Las cosas nunca habían sido fáciles con sus padres. Incluso entonces, con casi dieciocho años, cuando los tenía delante se sentía aún como una chiquilla que no sabía nada sobre el mundo y a la que había que re-prender constantemente. Y ella siempre había obedecido, a pesar de que a veces, cuando consideraba que la trata-ban de forma injusta, habría preferido gritar.

Grace probó la sopa sin apreciar su sabor. Quería ir a Nueva York fuera como fuese. Su mayor deseo era conver-tirse en actriz; al menos tenía que intentarlo. Pocas veces había estado tan convencida de algo como entonces. Y no estaba dispuesta a renunciar a ese sueño.

—Todos dicen que tengo talento. —Lo intentó de nue-vo—. Y que podéis estar orgullosos. De mí.

—Si se tratara de otra cosa, quizá estaría orgulloso —re-puso su padre, y Grace supo de inmediato que se refería a los éxitos deportivos que sus hermanos obtenían con regu-laridad—. Y a partir de ahora no quiero volver a oír hablar del tema —concluyó.

—Pero... —empezó a decir Grace.

—Ya has oído a tu padre, Gracie —la interrumpió su ma-dre—. Se acabó. Come y calla.

Grace se preguntó cuánto tiempo más tendría que es-perar para que su vida pudiera empezar de verdad. Fue en-tonces cuando se le ocurrió la idea: ¿podría solicitar la pla-za sin el consentimiento de sus padres, sin su permiso? Un

sentimiento hasta entonces desconocido comenzó a apoderarse de ella. No tenía nada que ver con la obediencia, ni con la disciplina o el resto de las cosas que le habían enseñado en casa. No, no se parecía en nada a eso, era algo distinto. No sabía que se trataba de ese sentimiento que comparten todos los jóvenes que se encuentran en el umbral de la vida adulta y por primera vez divisan, al alcance de la mano, lo que hasta el momento solo habían conseguido imaginar de un modo vago: una vida propia, sin tutelas ni reglas, sin tener que pedir permiso a nadie; una vida libre. Un centelleo atravesó el cuerpo de Grace, aunque lo acompañaba, por supuesto, la incertidumbre. ¿Cómo sería la vida más allá de todos esos obstáculos?

Su madre le lanzó una mirada que solo podía anticipar que algo no le parecía bien.

—No harás nada sin nuestra aprobación, Gracie. ¿Me has comprendido?

—Claro, mamá —contestó Grace de forma automática mientras asentía. Aun así, siguió pensando en cómo serían las cosas si se marchara.

—Ten cuidado, no te manches, Gracie.

—Lo siento, mamá.

Margaret se sirvió agua. Como siempre, su aspecto era inmaculado. Una falda estrecha de color beige y una blusa blanca, una chaqueta de punto holgada gris oscuro y el pelo recogido en un moño; apenas se maquillaba, y esperaba de sus hijas que siguieran su ejemplo. Elogiaba la naturalidad, mientras que los colores estridentes, tanto en la ropa como en los cosméticos, le parecían una vulgaridad.

Grace quería a su madre, pero al mismo tiempo esta le infundía mucho respeto. A sus hijos siempre les había inquietado su origen alemán. No conocían ese país que había sido gobernado por un emperador y en el que tanto se valoraban la disciplina y el orden, pero les parecía temible. Cuando los niños no tenían cerca a su madre, la llamaban «el general prusiano».

—Gracie —dijo su padre—. No te han aceptado en el Bennington College... y un Kelly no debería suspender ningún examen de admisión. Por lo menos podrías haber dejado las clases de ballet para estudiar más. Deberías aprovechar más la vida, y no pensar en quimeras como lo de Nueva York.

—No es ninguna quimera —respondió Grace con mucha calma. No estaba dispuesta a que eso la sacara de sus casillas—. Es lo que deseo hacer en la vida. Y si no me han aceptado en Bennington es porque muchos jóvenes han regresado de la guerra y han querido retomar los estudios. Por eso ha habido tanta afluencia de solicitudes y, por supuesto, las chicas somos las que nos hemos quedado fuera. Además, Bennington ha endurecido los requisitos de los aspirantes: dos años de matemáticas en lugar de uno, lo sabes perfectamente. Y yo solo he cursado un año de matemáticas, por eso me han rechazado, no porque haya suspendido ningún examen —explicó indignada.

—Gracie se pondría gorda como una vaca si fuera a Vermont, con la de vacas que hay ahí —bromeó Lizanne. Tenía trece años y estaba en esa época en la que todo la hacía reír.

Grace la fulminó con la mirada.

—Tal vez el tío George podría ayudarme a entrar en la American Academy of Dramatic Arts —dijo Grace—. Al fin y al cabo es la mejor escuela de interpretación.

—Ya me has oído —repitió John Kelly—. De una vez por todas: Nueva York, el teatro, la interpretación..., todo eso no son más que tonterías. Espero que mi hija acabe teniendo una vida más estable que eso. Gracie, deberías dedicarte a algo sensato. Será mejor que te centres en lo esencial: piensa en cómo debería ser tu carrera profesional para que se adecúe a tu familia. No quiero volver a oír hablar del tema.

Grace siguió tomando cucharadas de sopa sin apetito. No iba a dar su brazo a torcer con tanta facilidad. Tal vez

pareciera un angelito ingenuo, pero sabía muy bien lo tenaz que podía llegar a ser. Y cuando había deseado algo de verdad, siempre había terminado consiguiéndolo.

Al día siguiente llamó a Nueva York a hurtadillas para pedirle ayuda a su tío. Al fin y al cabo se trataba de su vida, y no estaba dispuesta a vivirla según los mandatos de sus padres.

Sin embargo, su tío también tuvo dudas al respecto.

—Te entiendo, Gracie, pero te lo imaginas demasiado sencillo —le explicó—. La mayoría de los actores no llegan a conocer el éxito, es un trabajo duro y cuesta mucho ganarse la vida con eso.

—Ya, pero estoy convencida de que lo conseguiré, de que es lo más adecuado para mí —dijo ella—. Recuerda mi actuación en la obra que escribiste, ¿te has olvidado de lo bien que lo hice?

—De acuerdo, Gracie, veré lo que puedo hacer, aunque lo más seguro es que tu padre quiera arrancarme la cabeza.

—Pero no lo hará, tío George. ¡Gracias!

Dos

Nueva York, 1947

El Barbizon Hotel for Women le produjo cierta aprensión a Grace cuando se plantó delante.

Miró a su alrededor. Por fin lo había conseguido, estaba en Manhattan. Todo eran luces y destellos de anuncios luminosos, motores y bocinas de coches y voces poblando la calle Sesenta y Tres, muy cerca de la avenida Lexington.

Grace tenía la sensación de estar viviendo en un sueño. Nueva York no estaba a más de dos horas en coche de Filadelfia, pero era un mundo nuevo para ella.

Su tío George había recurrido a toda su capacidad de persuasión y había conseguido que su padre, a regañadientes, le diera permiso para intentarlo.

—No aguantarás ni una semana —le había dicho, y difícilmente podría haber elegido unas palabras más dolorosas para despedirse de su hija.

Sin embargo, Grace estaba dispuesta a demostrarle a su padre que ese era el camino más adecuado para ella.

El Barbizon Hotel for Women era un imponente edificio de ladrillo de veintidós plantas. El vestíbulo constaba de una especie de atrio desde el que subía la escalera que permitía acceder a las habitaciones. Había palmeras de abanico por todas partes. La residencia era únicamente para chicas, y cualquier contacto con hombres estaba prohibido; la encargada no se cansaba de recordárselo a todas. Allí imperaban normas muy estrictas, y por eso el Barbizon era muy popular entre las madres que enviaban a sus hijas a Nueva York. Se garantizaba un modo de vida imaculado para las hijas, y de vez en cuando las encargadas de dirigir el centro, mujeres de aspecto furioso, se ocupaban de vigi-